

NOEMÍ SABUGAL: "SIN CARBÓN, AQUÍ NO HAY NADA".
MINERÍA, MEMORIA SOTERRADA Y CARTOGRAFÍAS DE LA
MUERTE

NOEMÍ SABUGAL: "WITHOUT COAL, THERE IS NOTHING HERE." MINING,
BURIED MEMORY, AND CARTOGRAPHIES OF DEATH

ALBERT JORNET SOMOZA
Universitat de Barcelona

<https://orcid.org/0000-0001-8137-5581>
albert.jornetsomoza@gmail.com

Noemí Sabugal nació en 1979 en Santa Lucía de Gordón, uno de los pueblos que componen la cuenca minera del valle de Gordón. Cuarenta años después, y tras la publicación de novelas como *El asesinato de Sócrates* (Alianza, 2010) o *Al acecho* (Algaida, 2013), la periodista y escritora compuso *Hijos del carbón* (Alfaguara, 2020), un ensayo que aborda el cese de la minería del carbón en España a partir de un conglomerado de voces y fuentes que van desde la documentación oficial hasta la memoria personal y familiar, pasando por las diversas escrituras de la mina en el siglo xx y el testimonio oral de las vidas que han gravitado en torno a ella en León, Asturias, Cataluña, Aragón, Andalucía o Galicia. Como un ejercicio colectivo de registro de lo que fue, el libro se interroga por el devenir de la mayor industria energética del siglo pasado, hoy abocada a la desaparición. ¿Qué queda de esa experiencia en los paisajes y en las formas de vida de tantas localidades que se organizaron en torno a la explotación subterránea? ¿Cómo se ha narrado su historia, o cómo se ha silenciado? ¿Qué culturas han surgido y qué puede perdurar? Sobre todo ello hablamos con Noemí Sabugal, en una conversación en línea que, a pesar de los cuatro años transcurridos desde la publicación del libro, demuestra que la autora tiene muy cercana la experiencia que la llevó a este, y que seguro se ha ido ampliando en los encuentros que habrá propiciado su circulación. Tras unos primeros minutos de cortesía e intereses compartidos, nos preparamos para descender a las profundidades de este diálogo en el que su voz será el frontal que permita alumbrar algunas zonas en penumbra de nuestro pasado soterrado.

ALBERT JORNET SOMOZA: *¿Podrías contarnos un poco el inicio del proyecto? ¿Cómo llegaste a la idea de escribir Hijos del carbón?*

NOEMÍ SABUGAL: Nací en el valle de Gordón, que es la cuenca minera de la montaña central leonesa. Mi padre fue minero y mis dos abuelos fueron mineros; uno, toda su vida laboral, y otro, hasta que tuvo un accidente y lo dejó; luego se dedicó a tener un pequeño rebaño de vacas, cuya leche vendía para hacer quesos. Con lo cual soy hija del carbón, el tema pertenece a mi vida, pero es cierto que yo no me había planteado escribir sobre ello hasta que no vi que se hacía presente la desaparición. En 2016 cierra la gran empresa de mi zona, que es la Hullera Vasco-Leonesa, y mueren mis abuelos, con lo que el libro también es un homenaje a ellos. También sabíamos todos que en diciembre de 2018 se acababa la financiación, las subvenciones al carbón; esto significaba el fin del sector en España, un sector que no solamente ha sido laboral, sino que ha sido histórico, emocional, y que está ligado a la vida de muchísima gente y está ligado a la historia del país. Ahora mismo solamente queda abierto el Pozo Nicolasa, que cerrará en un periodo corto de tiempo. Cuando vi que este final estaba en el horizonte decidí hacer un ejercicio de memoria y aportar lo que yo pudiera para el recuerdo y homenajear a todas las personas que han trabajado en este sector.

AJS: *En el libro, de hecho, tu narración está enmarcada por una introducción y un epílogo que dedicas a la figura de tus abuelos. Empiezas presentándolos, proponiendo una intrahistoria familiar, pero también una intrahistoria del oficio, de clase, y termina con un momento de encuentro entre temporalidades donde tu escritura se reconoce también en el trabajo de tus abuelos. ¿Ese trabajo de escritura lo concebías ya antes de este modo o ha sido el libro que te ha llevado a reconocerla así?*

NS: Fue una decisión consciente. Me parecía valioso el hecho de venir de ese mundo, de esa experiencia personal. Por eso la mezcla de géneros: hubiera sido muy raro que una persona que escribe de algo que ha formado parte de su vida, de su historia y de la historia de su familiar, elida esa información. El fin del libro no era hacer una historia familiar, sino colectiva, pero dentro de esa historia colectiva está mi propia familia. De hecho, había un riesgo, que yo tenía detectado desde el principio, que era que la excesiva cercanía me impidiera ver ciertas cosas. Por eso voy alternando el alejamiento y el acercamiento, es decir, la parte personal, la parte no solo mía sino de otras personas, y la parte más ensayística, que permite una lejanía y un análisis y una crítica. Es un libro que está continuamente cambiando ese foco de cercanía a lejanía porque tiene una intención también crítica y ensayística y otra intención memorística y de crónica.

AJS: *Tú lo describes como una "mirada bifocal" entre "lo lejano y lo cercano, entre el paisaje y el paisanaje". ¿Es la complejidad de ese juego de lentes lo que te hace escoger un género tan híbrido (tú lo llamas una "ensalada de géneros", que podría estar entre el ensayo, el reportaje, la crónica, las memorias, la historia oral)?*

NS: Sí, según la necesidad que va surgiendo en cada momento. Si yo tuviera que decir qué es este libro en cuanto a género, diría que es un ensayo y una crónica; una mezcla de esos dos géneros. Esa mezcla tan propia del periodismo narrativo (como el de Martín Caparrós, Leila Guerriero o Svetlana Aleksievich) de ensayo, en el sentido de conocer algo, investigarlo, documentarse y explicarlo lo mejor posible, y de crónica, en lo respecta a andar y encontrar testimonios o describir lugares, desde una mirada personal. Pero recordando, con Martín Caparrós, que no es lo mismo escribir "sobre el yo" que "desde el yo".

AJS: *En este gesto de convertir una escritura "desde el yo" en una escritura "sobre el nosotros", que es un nosotros primero familiar y luego colectivo, lo que me resulta muy interesante es que al abordar el problema del subsuelo desde la experiencia de la minería se abre una geografía muy particular. Se hace un mapa, una cartografía de los espacios mineros en España que tiene que ver con una periferia territorial y con zonas de montañas, ríos, minerales... ¿Cómo fue ese proceso de ir encontrando en España los lugares? ¿Había una búsqueda de exhaustividad en la intención de mapear el territorio?*

NS: El libro es bastante exhaustivo pero no se puede contar todo; es imposible. Es un sector que ha ocupado a tantos pueblos, hay tantos espacios, tantas vivencias, que es evidente que no se puede contar todo. Además, como se suele decir, la mejor forma de no contar nada es contarlo todo. Pero, como yo me propuse desde el primer momento hacerlo sobre toda España, sí que es un libro que contiene muchos lugares. Dentro de esto, claro, ha supuesto un descubrimiento también para mí, porque yo podía conocer bastante bien la minería de León y de Asturias, o Palencia, que me quedan más bien cerca, pero la zona que hay en Barcelona, por ejemplo, el Berguedà, no la conocía. O todo lo que hay también del Ebro y del Segre, toda esa minería que también tiene su característica curiosa por ese transporte del carbón a través del río Ebro, que es una rareza minera-náutica, como digo en el libro, una singularidad con barcas de carbón. Quiero decir que hay cosas que me sorprendieron. Y también hay zonas que difieren de las demás en algún aspecto; por ejemplo, la parte de As Encrobas, que es una zona sin el rasgo identitario tan común en las demás cuencas, porque precisamente allí la minería no duró ni siquiera dos generaciones completas y además se desplazó el habitual sistema de vida que había allí, que eran los *labregos*, los labradores gallegos: se destruyeron pueblos para hacer la mina, y eso también ha pasado en otros sitios. Por lo demás, sí que hay mucha vivencia parecida, hay mucho espejo y reconocimiento entre los lugares: hay una unidad en cuanto a explotación, pero quise ir descubriendo cada territorio, buscando los testimonios más adecuados que pudieran iluminar distintos aspectos, intentando no repetir demasiado.

AJS: *También es interesante cómo esa escritura desde lo subterráneo, o desde un tipo concreto de subterráneo que es la minería, no solo dibuja una geografía sino también establece una forma determinada de temporalidad o de historicidad heterodoxa, que no encaja exactamente con el relato de la modernización, de la teleología del progreso, que a la vez representa. Me resulta fascinante cómo aparecen unas secuencias que nos hablan de experiencias no lineales y a veces asincrónicas o desincronizadas. Eso ocurre, por ejemplo, cuando reparas en que las cuencas mineras de España crecen demográficamente justo cuando se está empezando el éxodo rural, con las migraciones interiores de los años 50 y posteriores. Y, por otro lado, también creo que esta mirada sobre la experiencia minera abre una posibilidad de pensar los futuros que no han sido, y que tan bien hilvanas a partir de tres momentos históricos como la Huelga de 1906, el Octubre Asturiano de 1934, y las revueltas mineras del 62 y el 63. ¿Cómo has encarado esta escritura de cierta "historia a contrapelo"?*

NS: Es evidente que todas estas vidas son vidas más bien subterráneas; no son las grandes vidas que aparecen en los libros de historia. Se dice que la historia la escriben los vencedores, pero yo creo que no es del todo cierto. Siempre se intenta controlar el discurso, el relato, y vender a veces ciertas cosas. El relato, sobre todo en la dictadura, fue absolutamente dirigido, manipulado y censurado. Pero las vidas de las personas que a mí me interesaban, que han estado en el sector de la minería, dibujan su propia historia, que en muchos casos, por supuesto, no coincide con la oficial. Por ejemplo, sobre las huelgas del 62, aquí no llegó la repercusión internacional que tuvieron en Europa y la cantidad de manifestaciones de personas, desde gente de la calle, del común, a estudiantes e intelectuales, que se dieron. Y hay una historia que escriben los que la viven, los que están en ella, que es la que me interesaba. Por mucho que la memoria sea, como sabemos, falible, cada uno cuenta su historia y cuenta su vivencia, y recoger esas voces permite recabar datos para esa historia.

Y en el caso del carbón, su historia está ligada a la historia de España: sin carbón, aquí no había nada. En los tiempos de la autarquía, el carbón era lo único que había en España, con eso se movían los trenes, se movían los barcos, se movían absolutamente todas las industrias, se usaba en las casas: era la energía que había aquí y por eso era tan importante. Ahora a mucha gente le resulta posiblemente muy lejano. Pero en las zonas mineras no lo es para nada, está absolutamente presente; de hecho, acabo de estar en una charla en mi pueblo hace unos días con varias mujeres y el tema del carbón está vivo, es parte todavía de su historia y de la nuestra. Una intención del libro era recordar la importancia que todo ello ha tenido, en lo bueno y en lo malo, en relación con la historia más grande, al margen de tener también en cuenta la historia más soterrada o subterránea, por decirlo así.

AJS: *Hay en el libro un muy buen equilibrio entre esta reivindicación de las culturas mineras, de una experiencia subterránea, de esas "vidas subterráneas", y la voluntad de no glorificar ese pasado. Pensaba en el concepto que manejan algunos*

historiadores de "historia desde abajo", y que en tu caso podría ser incluso una "historia desde el subsuelo". E imagino que probablemente eso es lo que te ha llevado seguramente a buscar esa polifonía de voces, esa necesidad de dar la voz a los sujetos de la experiencia. Por otro lado, en tu libro también vas repasando las principales empresas y oligopolios españoles del siglo xx, y señalas el rol que tuvieron como controladoras del conjunto de la vida de los mineros, desde el alimento, a través del economato, a las viviendas o los modos de ocio. Me preguntaba si intentaste también contactar con algún representante o heredero de las empresas o si tu voluntad era la de hacer esta historia íntegramente desde el subsuelo.

NS: Elegí no contar la historia de los empresarios del carbón, porque ya han tenido ellos plataformas para contar esa historia, como han querido, a veces, y a veces no de forma correcta. Y no era lo que a mí me apetecía hacer. Lógicamente aparecen varios empresarios mineros importantes, algunos muy polémicos, como Victorino Alonso, actualmente en la cárcel, que forman parte de la historia de este sector. Pero a mí me interesaban las historias de la gente de abajo. Después sí que, en todo caso, era importante contar la historia de las empresas y la relación con la historia general: las grandes empresas mineras, como tantas otras empresas en este país, tenían unas relaciones con el poder totalmente aceitadas y aceitosas. Por supuesto, durante los años del franquismo especialmente las relaciones que tenían las empresas mineras con los sucesivos gobiernos tanto nacionales como autonómicos fueron muy intensas, pero podemos remontarnos más atrás también. Al ser un sector clave, tiene mucho poder y tiene mucha importancia. Al igual que en otras empresas, por ejemplo, trabajaron presos políticos; hubo un trabajo forzado de gente obligada a ser minera en empresas privadas. Estamos hablando de empresas privadas a las cuales el Estado les suministraba mano de obra forzada. Yo creo que es la mejor muestra de esas relaciones, pero, como digo, las tenían todas las grandes empresas. Y después, como tú decías, una singularidad que tienen las zonas mineras es que están muy marcadas por un monocultivo industrial. Eso hizo que se desarrollaran muchísimo, que tuvieran servicios y cosas que no tenían otros pueblos, ni por asomo, como la electricidad, necesaria para la mina, el ferrocarril, necesario para el transporte del carbón, etc. Toda la vertebración de la comunicación que se hizo en las zonas mineras, que por otra parte muchas veces son zonas montañosas y muy aisladas, se hizo gracias al carbón y también benefició a un desarrollo enorme. Era un rural-industrial muy particular, que no tiene que ver con otros pueblos. Por eso las empresas mineras pudieron atraer muchísima mano de obra que necesitaban, miles de personas, para ofrecerles un trabajo peligroso en el que podían morir y en el que estaba en riesgo su salud. Las muertes de mineros estaban a la orden del día. Pero en ese desarrollo había un arma de doble filo, porque tu vida dependía absolutamente de la empresa, incluso en el ocio. Así que, por ejemplo, ser despedido no solo suponía perder el trabajo, sino también la casa y posiblemente el colegio de tus hijos, que también era de la empresa.

AJS: *Igual en este doble filo está también el origen de la doble mirada que hay sobre el minero como obrero; por un lado, como quintaesencia del obrero, valiente y abnegado, y, por otro lado, casi como un obrero premium, con mejores condiciones laborales que el resto: buen sueldo, prejubilación muy temprana, una pensión digna para muchos años, etc. Ambas, miradas externas y seguramente falseadoras. Y también pensaba en la posibilidad de hacer una contranarración desde la experiencia obrera, que en tu libro te lleva incluso a poder señalar una ausencia escandalosa en el relato histórico español: la del papel de la esclavitud, es decir, de la mano de obra esclava, en este caso en Villanueva del Río y Minas, en Sevilla. Me parece también muy sintomático de cómo, cuando se narra desde lugares desplazados, aparece una historia no contada, que en este caso es la de esos "esclavos de vientre" que mencionas y que están en la base de la economía minera también en Andalucía.*

NS: Ambas cosas son verdad: esa imagen del minero viene de la fortaleza reivindicativa que ha tenido la minería, y que está ligada también a la propia dureza del sector. Un sector que ha sido muy potente laboralmente, que ha tenido miles de trabajadores, que ha estado altamente sindicado y que además ha recuperado esa historia sindical, relativamente soterrada durante el franquismo. Y después está la cuestión de las prejubilaciones, a la que aludes. Hay que entender por qué se produce, de dónde viene esa idea, aunque también es algo que se ha dado en otros sectores mucho menos duros, como la banca y la telefonía, como recuerdan siempre los mineros. Era una manera de evitar lo que ocurrió en el año 84 y en el año 85 en Gran Bretaña, donde las minas eran públicas y donde Thatcher decidió que se cerraran de un día para otro. Eso no se quería repetir aquí, así que se trató de adelgazar gradualmente el sector para que, cuando se encaminara a su cierre, fuera más reducido. Lo que se buscó fue evitar conflicto social a través de una compensación que no habían tenido las generaciones anteriores de mineros.

Y respecto a la cuestión de la esclavitud, ese es un relato todavía insuficientemente contado en España, porque no fue únicamente en la minería: la esclavitud se utilizó en muchísimos sectores por familias muy poderosas. Algunas son muy conocidas y todavía son importantes. Y en España se ha destruido mucha documentación sobre esto. De hecho, gran parte de la documentación sobre el tráfico de personas destinadas a la esclavitud está en Gran Bretaña, porque cuando los británicos cogían un navío español que se dedicaba a la esclavitud, ya de forma ilegal, recogían toda esa documentación. Y sin embargo hay muy poca documentación en España, que fue el último país de Europa que eliminó la esclavitud, porque le interesaba para sus colonias. Cuba fue la última que recibió esclavos. Allí están sus descendientes, algunos tienen incluso el apellido de sus "amos" españoles. Es un tema que me interesa mucho y sobre el que creo que tenemos que seguir profundizando.

AJS: *Dedicas un capítulo a la "épica minera": una forma de discurso a la que contribuyó mucho la literatura. En tu libro, dentro de esta polifonía de voces, no solo*

acudes a aquellas voces "de abajo", subterráneas, sino también a las que han escrito la experiencia minera. Hablas de Miguel Hernández, Roberto Arlt, Concha Espina, María Teresa León, etc. O sea, también convocas a esa serie de escritores para hacer una breve genealogía de cómo se ha escrito la mina. ¿Dirías que ha habido unas constantes en ella? ¿Cómo interpretas o cómo analizas esta relación entre literatura y mina en el siglo xx y xxi? ¿Puede ser que se haya pasado de la épica a la nostalgia?

NS: Lógicamente, el de la minería no es un territorio literario que haya descubierto yo. Y precisamente a mí me interesaba que esta historia colectiva fuera contada colectivamente, no solamente por los testimonios que he recogido, sino también por las voces de aquellos autores que se han interesado sobre las cuencas mineras. Para ello acudí a esas formas narrativas que van desde la literatura al cómic, pasando por el documental o las películas. Quería recoger e incluso homenajear a aquellos que han aportado algo para contar esta historia, porque creo que así está más completa. En este sentido, hay constantes, como la épica minera, porque efectivamente existió y existe esa lucha reivindicativa y activa por los derechos laborales y por muchas otras cosas. Y lógicamente también hay cambios. "Nostalgia" no es una palabra que a mí me guste mucho ni un sentimiento que yo reivindique, porque la nostalgia es *nostos* y *algos*, es "dolor por el regreso" y el regreso es imposible. Es mucho mejor para mí la palabra "memoria", que me parece más adecuada, por mucho que es verdad que hay nostalgia. De hecho, los territorios mineros están llenos de nostalgia. Eso es así porque se echan de menos los tiempos en los que esos pueblos estaban llenos, en los que había mucho trabajo, había mucha vida, aunque también mucha muerte. Pero mi intención era hacer un ejercicio de memoria, no de nostalgia. Ahora en las zonas mineras se está musealizando esa memoria. Se están creando museos, salas pequeñitas, memoriales mineros, esculturas, se están escribiendo libros para salvaguardar de algún modo esa historia común.

AJS: En tu libro hablas, de hecho, de unas "cartografías de la muerte". Y creo que se percibe muy bien cómo esa memoria también es una memoria en duelo, un duelo constante por las muertes que conlleva la vida subterránea del minero, pero también por la pérdida de una experiencia colectiva, de unas culturas y unas formas de vida, sin olvidar la pérdida de unos paisajes y unas relaciones con los recursos, que han sufrido una fuerte devastación natural y geológica. A partir de esta cartografía que haces nos ofreces un panorama de una tierra agujereada en proporciones descomunales, con cuyas perforaciones luego no se sabe muy bien qué hacer. Mencionabas la musealización de estos espacios como una de las salidas más airoas, pero también recoges en el libro intentos más creativos de reconversión, pero que son extremadamente difíciles. ¿La huella del carbón nos hace a todos también hijos del carbón, herederos de esa devastación sobre la tierra compartida?

NS: Aunque habrá gente que piense que no, yo creo que de alguna manera todos somos, o al menos fuimos, hijos del carbón, porque la historia del país es

deudora de este sector. Lo somos igual que somos hijos del campo y del mar. Los actuales hijos del carbón, por supuesto, son las personas que viven en las cuencas mineras, que no son únicamente los mineros, y que habitan en esa cartografía de la muerte. Hay que recordar que es un sector que ha supuesto muchas muertes, incluso hasta el último momento, porque en 2013 se dio la última muerte de varios mineros en la misma explotación, precisamente en la cuenca minera de la montaña central leonesa, donde murieron seis mineros. Todavía no ha salido la sentencia judicial por esas muertes. Así que ha habido muertes hasta el final. Durante décadas, las cifras eran pavorosas. En las últimas, por suerte, eran mucho menores. Esas cartografías de la muerte son parte de la historia del sector. Y después queda también esa desolación: la devastación de los territorios. Ahora mismo se están haciendo ya muchas restauraciones, por ejemplo de cielos abiertos. En muchos casos se están haciendo con dinero público y sin embargo deberían haberse hecho con el dinero de las empresas que los explotaron. En España ha habido bastante dejación de responsabilidades respecto a cómo quedaban esas explotaciones de minas mal cerradas, que están contaminando ríos, de castilletes mineros abandonados y naves a punto de caerse. No ha habido una exigencia a algunas de esas empresas, que ganaron muchísimo dinero, para recoger los restos de la merienda. Por eso esas cartografías de la desolación, y también de la devastación, están ahí. Y sobre los fondos mineros que se dieron para intentar una reinención laboral y económica, los fondos Miner, faltó más fiscalización y control sobre los proyectos de las empresas subvencionadas y más coordinación entre los territorios mineros para hacer planes compartidos. Era muy habitual, por ejemplo, que cada ayuntamiento presentara sus pequeños proyectos, su pequeño polígono industrial, pero no solía haber una idea de conjunto en los territorios. No digo que sea fácil, y tampoco se puede esperar a que venga otra gran empresa que cree miles de empleos otra vez. Eso es una fantasía, como que te toque la lotería y no tener que volver a trabajar. Puede pasar, pero seguramente no.

AJS: Para terminar, también apuntas en el libro que ahora somos más hijos del petróleo que del carbón. Otra forma de extractivismo agresivo para con los recursos geológicos. Y también apuntas en algún momento a una suerte de colonialismo energético, donde España deja de producir carbón, pero pasa a comprarlo a países del Sur global, y por supuesto también sigue comprando petróleo y formas de producción de energía que no cuestionan en ningún momento el modelo. ¿Crees que la experiencia minera puede alertarnos sobre las formas de consumo, sobre el daño a veces irreparable que se puede hacer sobre el planeta, sobre los recursos?

NS: Sí, por supuesto. Se pueden sacar muchas conclusiones y mucho conocimiento de estudiar cómo se ha hecho la explotación del carbón. Lo que comentas de otros lugares, eso lo explica bien Eduardo Romero en el libro *¿Cómo va a ser la montaña un dios?*, en el que habla de unas nuevas "geografías de lo fósil". Al puerto de El Musel, en Gijón, sigue llegando carbón, pero es carbón de Colombia, de Rusia... en fin, de otros sitios. Es decir, que todavía los combustibles

fósiles se siguen explotando muchísimo. De hecho, ahora mismo el mayor problema no es la electricidad: en España producimos por encima de la que se consume. El problema es sobre todo de los combustibles, utilizados en el sector del transporte: los barcos, el gran transporte y el pequeño, los coches, los camiones, todo eso. Y es Europa en este aspecto la que está liderando un cierto cambio, la que está apuntando a nuevos caminos, que también tienen sus retos, sus riesgos y sus contradicciones, como son los aerogeneradores o las placas solares. En España, por ejemplo, hay ya conflictos entre proyectos de aerogeneradores y el sector pesquero, o entre el sector agrícola y los parques solares. Pero la dinámica de creación de energía ha cambiado y las subvenciones europeas, los fondos Next Generation y demás, están yendo para proyectos de este tipo. Esto no ocurre en todos los países, como sabemos. Es un cambio muy complejo y hay en general mucha contradicción en toda esta transformación energética, en todas las escalas, desde lo grande hasta nosotros mismos, hasta lo pequeño, hasta qué utilizamos y cómo. En este sentido, el sector del carbón puede traer mucho conocimiento sobre lo que supone el monocultivo, sobre lo que supone para un territorio no tener un sector laboral y económico diversificado, sobre lo que supone extraer recursos y después no restaurar esos territorios. Es un ejemplo de lo que se ha podido hacer bien y de lo que se ha hecho mal.